GERARDO DIEGO

En el momento en que estaba imprimiéndose, ya terminado, el número precedente del *Boletín,* fallecía en Madrid, el día 8 de julio de 1987, el Excmo. Sr. D. Gerardo Diego Cendoya, el gran poeta Gerardo Diego, el mejor poeta, sin duda, de Cantabria en toda su historia.

Gerardo Diego estuvo muy vinculado a la Biblioteca de Menéndez Pelayo, ya desde que en su juventud la frecuentaba con asiduidad. Precisamente el primer artículo que publicó en una Revista científica titulado «Los primeros versos de Núñez de Arce», lo hizo en este *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo* (I, julio-agosto 1919) y elaborado a partir de material del propio fondo de nuestra Biblioteca. Aquí también, y lógicamente puesto que no había en Santander otro lugar idóneo, preparó sus oposiciones a cátedra de Literatura de Instituto, recibiendo a menudo las orientaciones del primer director de la Biblioteca, don Miguel Artigas. De esta estrecha relación con Artigas, el cual acababa de publicar su libro sobre Luis de Góngora, parece incluso que procede el primer interés de Gerardo Diego por el poeta cordobés, interés que convertido en devoción él inocularía en toda la Generación del 27.

Más tarde, debido sin duda a la amistad que le unía con el entonces director de la Biblioteca, don Ignacio Aguilera, Gerardo Diego fue nombrado miembro de la Junta de Gobierno de la Sociedad «Menéndez Pelayo», en la Junta General de Socios celebrada el 8 de julio de 1959 y, aunque ya no asistía a las sesiones convocadas, el cargo le fue respetado hasta su muerte.

Cuando en 1979 fue, junto con Jorge L. Borges, galardonado con el Premio «Miguel de Cervantes», la Biblioteca le honró,

iniciando con ello los actos de homenaje que le rindió toda Cantabria, con una exposición bibliográfica de su obra y de estudios sobre ella, de la cual, junto con el de otras dos exposiciones, se publicó el Catálogo (Santander: Biblioteca de Menéndez Pelayo - Ediciones de Librería Estudio, 1981).

Al manifestar ahora nuestro sentimiento por su desaparición, queremos honrar su memoria publicando, como portada especial de la «Crónica», y sin modificar la forma en que está redactado, salvo en los versos, que venían en prosa separados por rayas, este «Recuerdo de Gerardo Diego» que nos manda desde Chevi Chase, Mariland, Estados Unidos, el escritor cántabro Jesús Pindado.

«La vida fluye inexorable y hay que darse prisa, toda la prisa compatible con el hueco reservado para la gestión y alumbramiento de la obra nueva a la que no quiero ni creo que debo renunciar. En todo caso no podría hacerlo» (Antología Poética, Diego, 1969: p. 8).

El miércoles, 8 de julio de 1987, dejó definitivamente sus obras completas en este mundo el autor de las palabras citadas, el poeta español Gerardo Diego. Había nacido en Santander, el 3 de octubre de 1896. Ha dejado 50 libros poéticos detrás de sí.

Se le acabó a Gerardo Diego la partida que «la muerte y la vida le estaban jugando al ajedrez», como decía en un hermoso poema creacionista (Poesía de la Vanguardia Española, G. Gullón, 1981; p. 217).

En su Elegía a José de Ciria Escalante también señalaba «la urgencia precisa porque la vida es corta y llegar pronto y bien es lo que importa».

En esa expresiva conciencia de prisa y urgencia puede, tal vez, encontrarse una clave interesante para comprender el entendimiento de la «misión poética» que sintió este gran poeta de la denominada «Generación del 27».

A través de breve selección temática de algunas de sus inquietudes más sentidas (paisaje, enseñanza, paternidad, fe) parece posible disponer de un hilo argumentativo que refrenda el espíritu e intensidad de esa necesidad poética de expresarse.

Su biógrafo y crítico Manrique de Lara, le definió como poeta «omnívoro», poeta alimentado de todas las manifestaciones en que puede entenderse inscrita nuestra lírica y, al no estar definitivamente personalizado su estilo en una sola dirección, se presenta esquivo a la implacable imposición del marbete que han de adjudicarle los críticos.

Tras preguntarse si Diego es creacionista, ultraísta, surrealista o clasicista, se responderá este autor que es un poeta absoluto, total, destacando como más definidora su poesía amorosa. (Gerado Diego, Manrique de Lara, 1970: p. 6). Bien lo subrayaría lo de «yo no sé hacer sonetos más que amando», según desprende Díaz de Guereñu a partir de la correspondencia con Larrea (Insula, octubre, 1987).

Poeta diverso y uno

Con motivo de su muerte se preguntaba Pere Gimferrer en el diario «El País» por qué Gerardo Diego no puede ser varios poetas, no ya en sucesión o en alternancia, sino en una sola pieza a veces, señalando que la unidad esencial que sustenta el recorrido no debe buscarse tanto en la lectura externa sino en la voz (p. 19).

También Gabriela Morelli ha recordado en «Insula» (octubre, 1987) lo de Luis Felipe Vivanco cuando dijo que Gerardo «ha querido ser dos poetas complementarios a la vez y ha creado dos obras paralelas» con el punto de cohesión en lo musical, en el ritmo.

No pueden ser más lúcidas estas interpretaciones. Nos es posible, además, cotejarlo expresamente con el afán del poeta a través de extractos de su obra:

1) En el muy conocido y extraordinario poema «Romance del Duero» lo podemos comprobar:

Río Duero, río Duero
nadie a acompañarte baja
nadie se detiene a oír
tu eterna estrofa de agua.

Quién pudiera como tú,
a la vez quieto y en marcha,
cantar siempre el mismo verso
pero con distinta agua.

2) En otro momento («Evasión», 1919) dirá:

Versos
en el santo trabajo cotidiano
y en los momentos tránsfugas, transversos
versos tradicionales
y versos nuevos, raros y diversos,
versos, versos más versos,
versos, versos y versos,
siempre versos...

Antes de atrevernos a una reducción imposible, a hablar de una especie de «verso esencial» de Gerardo Diego, hay que agrupar otro tipo de manifestaciones de su actitud y su preocupación como poeta. Por ejemplo, la humildad ante la propia misión creativa.

a) Hay una fantástica oración humilde en «Poeta sin palabras» («Iniciales», 1918) cuando escribe:

¡Dios mío, tú el Poeta, ¿por qué no me concedes
la gracia de acertar a decir cosas bellas?
Dame que yo consiga —merced de las mercedes—
interpretar las flores, traducir las estrellas.
Llevo dentro, muy dentro, palabras inefables
y el ritmo en mis oídos baila sus armonías
mientras vagan perdidas, ciegas e inexpresables
yo no sé qué interiores, soñadas melodías.

b) Es curioso advertir esta humildad del poeta cuando invoca la gracia de la inspiración. Llegaría, incluso, a tener su extremismo, pues en «Versos Humanos» expondrá:

Si el verso, al fin, nunca ha de ser perfecto
ni hay la plena, absoluta maravilla
aprendamos la gracia del insecto
que a volar corto y no cantar se humilla.

Claramente refleja el espíritu perfeccionista y la tensión de su proceso creativo.

c) Parece que Gerardo Diego indicaría su lema mejor que en ninguna otra parte en el poema «Al Ciprés de Silos» (Ausente):

> Quiero vivir, morir, siempre cantando
> y no quiero saber por qué ni cuándo.

d) José Luis Cano, en «El Soñar de Gerardo Diego», ha incluido sabiamente:

> Y cuando cantar no pueda
> porque el alma escapa ya,
> silenciosa y misteriosa
> mi poesía cantará (Insula, Oct., 1987).

e) Se interrogará poéticamente también sobre la finalidad de su lirismo, en un bello poema titulado «Este ciego lirismo» (Poesía de Creación, Diego, 1974, p. 249):

> Este lirismo en fin inválido y tullido
> soportando el terrible secreto de sus ansias
> su pólvora de odios, su pasión de metales,
> su choque de remotos terremotos,
> ¿lo llevamos al cuello para hundirnos
> en el pozo de vértigo sin límite,
> o para hacer posible el divino equilibrio
> de esas alas de seres
> que vuelan cantan transpapelan azotan.

Con esta pequeña selección de fragmentos poéticos se puede reconstruir, no sólo la opinión gerardiana sobre su vocación de poeta sino también, en cierto modo, sobre el resultado de su inspiración.

Tiene un juicio en prosa, más explícito, con motivo de la publicación de su Antología 1918-1969 (1969), donde dice que su poesía «es como es porque es mía y he llegado, sobre todo en los empeños de mayor ambición, hasta donde he po-

dido. Los caminos emprendidos, las direcciones, los propósitos han sido —desde mis comienzos y simultáneamente— diversos; para algunos que no se han parado a considerarlos, desconcertantemente diversos. Para mí y para mis mejores y más penetrantes críticos, sincerísimos siempre y entre sí compatibles».

Humilde, sí, pero consciente de su valor poético y de la dificultad de recibir una sola etiqueta. No menos celoso de su modo de hacer como puede verse en «Iniciales», en el poema denominado «Los poetas saben muchas cosas», donde empezará señalando:

Los poetas saben muchas cosas
piedras raras, extrañas flores.
Y en mi jardín no hay más que rosas,
rosas blancas y de colores.
La ventaja del pobre es ésta:
que nadie le puede robar.
Mi poesía es torpe y modesta.
Oh, no me la podréis quitar.
(Grupo poético de 1927, González, 1976, p. 175).

Recorrido poético-geográfico. Autorretrato

Gerardo Diego ha cantado a su tierra natal, a Galicia, a Alava del País Vasco, a Andalucía en el «Jándalo», a Soria, a su fe, a su esposa, a los árboles y los ríos, a la lluvia... a la geografía de España en casi todos sus rincones y aun a sus principales hechos históricos.

En este sentido recuerdo una conferencia de su compañero generacional, Dámaso Alonso, glosando en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo los versos gerardianos que constituyen un pleno recorrido por la geografía española.

Alcanzó venerable edad Gerardo Diego, y, aunque solía decir el fallecido pintor Antonio Quirós un poco «luciferinamente —por expresarnos con un término que el poeta le dedicara— que esperaba a que madurase su rostro para rega-

larle un retrato que le había prometido hacía muchos años, en 1961 hizo Gerardo un Autorretrato poético de sí mismo:

Todo lo que llevo dentro
está ahí fuera.
Se ha hecho —fiel a sí mismo—
mi evidencia.
Mis pensamientos son montes,
mares, selvas,
bloques de sal cegadora,
flores lentas.
El sol realiza mis sueños
me los crea
y el viento pintor, errante
—luz, tormenta—
pule y barniza mis óleos,
mis poemas,
y el crepúsculo y la luna
los aventan.
Podéis tocar con las manos
mi conciencia.
Gozar podéis con los oídos
—negro y sepia—
los colores y las tintas
de mis penas.
(Un cuarto de siglo de poesía española,
Castellet, 1969, p. 423).

Gerardo Diego, vanguardista, porque, como ha dicho Juan Larrea, «el creacionismo español se limitó a algunos poemas de Gerardo Diego y míos. Todo lo demás fue ultraismo». Junto al propio Larrea se le considera el poeta más inspirado, fértil y aventurero de cuantos en España escucharon el mensaje huidobriano. A través de «Imagen» y «Manual de espumas» operó sobre algunos de sus coetáneos, según Germán Gullón, (p. 32).

Representado estará también, junto a Larrea, Prados, Lorca, Alberti y Aleixandre, en la Antología de Poesía Surrealista en España de Pablo Corbalán. Reconocida está, sin duda, su poderosa imaginación, los contrastes con la realidad, y la

simpatía humana por sus originalidades (Recollection of Things To Come, Simms, 1969).

Siguiendo a Bodini —que habla de 13 poemas automáticos—, y a Durán que considera que los primeros poemas surrealistas de España son los de «Carmen», la revista que Gerardo dirigiera, se han reconocido sus felices yuxtaposiciones y, aun sin penetrar en el espíritu, su «habilidad para absorber maneras» del surrealismo, citando «Biografía Incompleta», y ya más específicamente el poema titulado «Continuidad» (Surrealism and Spain, Morris, 1972).

Participará también, más tarde, en la postguerra, en la concepción y cultivo de una poesía garcilasista con primacía de lo musical externo, como ha visto Castellet (p. 69).

Pero no va a faltar, por otra parte, alguna muestra gerardiana de «odas morales», como la de 1966 «A los vietnameses». Se han incluido tres poemas de Diego en una Antología con criterio estricto de recogida de poesía referida a los Derechos Humanos. Concretamente los poemas titulados «A la juventud sobre los Derechos del Hombre», «Torturas» (3.ª Estación) y la mencionada de «A los vietnameses». (Los Derechos del Hombre en la Poesía Hispánica contemporánea, Mantero, 1973).

Figura de su Generación

En el Prólogo a la primera edición de su famosa Antología Poesía Española de 1932, Gerardo Diego insinúa un mínimo programa «negativo» que al poeta Angel González le parece que puede servir de base para establecer las afinidades fundamentales de cohesión de los poetas del 27: el cultivo de una poesía no literaria, sino esencialmente lírica; la búsqueda de la desnudez; el rechazo de las preocupaciones e intereses «ajenos a la perfecta voluntad poética»; la originalidad; el trabajo riguroso; la entrega total a la consecución de una obra bien hecha, duradera.

González recoge también las características que Cernuda atribuye a la que por su parte llama «Generación del 25»:

Predilección por la metáfora; actitud clasicista; influencia gongorina y contacto con el superrealismo (p. 36).

No ocultó Gerardo Diego que su famosa Antología del 32 fue un libro «un poco colectivo», pues, hecha incialmente por él la selección, la consultó con los distintos autores siempre que le fue posible, por lo que tenía «el beneplácito y la colaboración de todos».

No es el 27 fecha arbitraria (aniversario de la muerte de Góngora), celebración que, siguiendo a Alberti, se gesta en abril del 26 porque es cuando el grupo hace su presentación colectiva en la sociedad literaria. Generación también llamada «de amigos», de «poetas profesores», o de 1925, término usado por Guillén, y, sobre todo por Cernuda que lo justifica por ser la fecha promedial de aparición de los primeros libros, o «Generación de la Dictadura» por la coincidencia cronológica con la instauración del golpe de Primo de Rivera.

No exagerar «diferencias»

La Guerra Civil Española separará, si no la amistad, ciertas afinidades estéticas grupales de carácter general. Gerardo Diego —lo ha recordado el diario «El País»— regresó a España en 1937 y ha dicho que vino para ocupar su cátedra y porque siempre ha sido ferviente católico, señalando que nunca se inscribió en nada.

Es innegable que Gerardo Diego no se opone al franquismo; regresa a España, realiza su trabajo de profesor y sigue su tarea como poeta durante este período. No hay por qué decir la verdad en voz baja.

Por otro lado, ha recordado a tiempo —y creo que tiene interés recogerlo aquí— su amistad y la mutua estimación por su paisano, vecino de infancia, amigo de sus hermanos, y gran poeta del exilio, León Felipe.

Gerardo Diego ha escrito sobre tal vecindad y cariñosa amistad. León le ayudaría a publicar su primer libro «Romancero de la Novia». Con él visitaría también a Juan Ramón Jiménez.

Se despiden precisamente el año 36 y se reencuentran en México en el 1958, donde hablan en los entreactos de conferencias de Gerardo, quedando en reunirse de nuevo sin que se consiguiese porque el autor de «La Insignia» alegó que estaba enfermo.

Ha resaltado Gerardo Diego la congruencia de vida y obra en el poeta «Virtuoso», León Felipe, negando que jamás tuvieron «la más mínima diferencia».

A estas alturas sería relativamente bien intencionado, por tanto, que alguien se empeñe en resaltar otras con sentido excesivo a base, por ejemplo, de expurgar algunos de los escasísimos poemas desafortunados en el terreno político que, por otro lado, no suelen faltar, en una u otra dirección, con subidos apasionamientos, en la obra de otros de los más depurados poetas.

Por todo ello resulta no ya excesivo sino injusto —y, sobre todo, artísticamente— el juicio descalificador sobre oportunismos con el que en algún caso, como en «The New Guide to Modern World Literature», se le señala (Seymour-Smith: 1985; p. 1.223).

Profesor y padre

Quiero finalmente recoger dos fragmentos poéticos que aluden a su condición de profesor y a su entendimiento de la paternidad.

1) Habla de Soria cuando tiene

> horas de estudio y de pedagogía
> para el rebelde espíritu piadoso
> y porque le muestran con la luz del día
> la humildad cotidiana de las cosas.

2) Pero también soñó Gerardo el ideal de un alumno, como demuestra cuando respondió con un «Brindis» al homenaje que un grupo de paisanos le rindiera:

> Pero un día tendré un discípulo
> y moldearé su alma de niño

y le haré hacerse nuevo y distinto,
distinto de mí y de todos; él mismo,
y me guardará respeto y cariño.

Esto ha sucedido. Como siempre, unos reconocen la deuda; otros, no. Creo recordar como ha dejado bien claro Pepe Hierro —a título de buen ejemplo— que tenía los versos de Gerardo de cabecera. Seguro estoy de que también lo habrá recordado en sus evocaciones del maestro amigo cuando, a raíz de su muerte, intervino en la sede santanderina de la «Fundación Marcelino Botín».

La referencia poético-paterna que he seleccionado está en «La Sorpresa» de 1941:

Estos niños que nos miran
cuando nos miran, ¿qué ven?
Nuestros ojos son anteojos
para mirar a través.
A través de nuestras niñas
ven el mundo de la fe
y hay que tenerlos muy limpios
para dejárselo ver
a estos niños que nos miran,
niños nuestros, nuestro bien.

Seguramente es certera la elección de Manrique de Lara cuando ha destacado la faceta amorosa en la poesía de Gerardo Diego. Este poeta Español, que obtuvo en 1925 con Alberti el Premio Nacional de Literatura, y recibió con Borges de manos del Rey Juan Carlos el Miguel de Cervantes en 1979, ha unido en sus versos la bondad y la belleza. Las ha unido para instalarlas, por utilizar una expresión de su poema «Angelus», en la vida, pues «la vida es un único verso interminable»...

Sintió que la vida de los poetas, pese a alcanzar casi el siglo en su caso, era urgente para la gestación y alumbramiento poético y respondió fructíferamente. La muerte no podía dejar de estar presente en la obra como amenaza y término.

Había visto, por ello, que todos sus poemas eran sólo epitafios y que debajo de cada cuartilla había un poco de sus

huesos en la partida de ajedrez vida-muerte. Por ello también hizo su oración poética de fe:

Tú que pusiste en las flores
rocío, y debajo miel
filtra en mis secas pupilas
dos gotas frescas de fe.
Quiero creer.

Creo que puede ser interpretable como testamento y voluntad poética lo que hay en el final del poema «Bahía natal»:

La muerte, madre mía, a ti me una,
agua en tu agua, arena de tu arena.

No es difícil saber que su legado poético es universal, tanto por la poesía «de creación» como por la que, de formas tradicionales, él llamaba «de expresión».

JESÚS PINDADO